

gencias, ni porque á sus ojos la gracia no pueda conciliarse con el libre albedrío, ó que tenga la convicción que le suponen los escritores reformistas; sino porque tiene un hijo natural al cual ha negado Roma un beneficio, y hé aquí explicada de una manera verosímil esa simpatía por Lutero y su política con la Santa Sede. Así es que, mientras Miltitz y los Obispos asedian á Lutero para que cumpla su promesa, y lleve su causa ante el Obispo que él mismo ha escogido en su conferencia de Altemburgo, Federico guarda silencio, y ni aun demuestra admirarse de la negativa del monge.

Los motivos que tenia Lutero para no ceder á Miltitz, están enumerados en una carta al camarero del Papa.

En Altemburgo juzgaba que el comparecer ante el Obispo era necesario; mas ahora que sus doctrinas han desafiado la luz del sol, ¿á qué presentarse? Indíquesele los artículos de que deba retractarse, y déñsele las razones de esta retractacion.

Después de esto, este le ofrece una discusion solemne en Leipzig, por no haber querido el Arzobispo que tuviese lugar en Augsburgo. Así, pues, ¿qué ignominia no recaería sobre él y sus amigos, sobre su orden, sobre la Universidad y el elector de Sajonia, su protector, si fuera á rehusar este desafío? ¿Acaso tantos ilustres personajes como asistirían á este torneo no serian doctores tan competentes como un Arzobispo ó un Cardenal?

«Y además, añadía, no quiero por juez á un Cayetano, que hubiera querido hacerme renunciar á la fe cristiana, y que no es católico!»

3

## CAPITULO IX.

### PROGRESO DE LA IDEA LUTERANA.—1520.

Lutero promete á Staupitz y á Wenceslao Linck escribir una carta de submission al Papa, y aquella misma noche insulta al papado en otra carta que escribe á Spalatino.—Sus arrebatos contra Alved.—La rebelion hace progresos.—Causa de sus triunfos.—Erasmus.

CARLOS V era Emperador de Alemania. Lutero tiene necesidad de la proteccion de este principe. Sabe fingir, y si es preciso, besar los pies del monarca, salvo el reir después con sus amigos de la buena fe del Emperador.

Escribe, pues, á Carlos V una carta, en que le habla de su deseo ardiente de permanecer ignorado en su apartado rincón de tierra, de donde pide gracia, como criatura miserable que es, á sus enemigos, de donde ofrece su silencio como prenda de su buena voluntad por la paz de la Iglesia. Esta carta fue leida en toda la Alemania. Miltitz vió en ella una profesion de fe. El Nuncio del Papa se dirigió á Wittemberg; vió mas tarde á los padres del convento, y obtuvo que Staupitz y Wenceslao comprometieran á Lutero á escribir una nueva carta al Soberano Pontífice. Los padres tuvieron una larga conferencia con el doctor. Staupitz se mostró tan apremiante, que Lutero prometió todo lo

que se le pedia. Los padres dieron parte al Nuncio del éxito de su misión. Lutero, este ángel caído, como lo llamaba Miltitz, iba á llorar sus errores en la soledad. Staupitz y Linck no cabían en sí de gozo; pero este mismo día de fingida reconciliación, el sajón escribía á uno de sus buenos amigos:

«Ya me guardaré muy bien en mi carta al Papa de tratar con demasiada rudeza la Sede pontificia; pero, sin embargo, la rociaré con mi sal.» En otra carta, dirigida algunos días antes á Juan Voigt, monje agustino de Magdeburgo, se mostraba aun mas franco. «Mi hermano en Jesucristo, le decia: acabo de escribir el Papa: *De statu ecclesie emendando*. En él trato al Pontífice como el Antecristo; rogad que mis palabras hagan fructificar la Iglesia.»

Spalatino recibía al mismo tiempo otras confidencias de su amigo. «¿Sabeis lo que pienso de Roma? Que es una mezcla de locos, de necios, de imbéciles, de ignorantes, de ineptos y de diablos. Ved, pues, qué podrá esperarse de la ciudad que vomita sobre la Iglesia semejante infierno. Voy á tratar á ese asno de Alved (que había tomado recientemente la defensa de la Santa Sede) de una manera tal, que ha de dejar indeleble recuerdo en la memoria del Pontífice romano. No hay que perdonarles; es menester que demos á conocer los misterios del Antecristo.»

¡El Papa Antecristo! Esta es una nueva frase, que desde Wittemberg va á resonar en toda la Alemania. Si tres años antes la hubiera proferido Lutero, se habría visto abandonado inmediatamente, siendo tal vez objeto de irrisión para todos. Lutero sabía muy bien lo que hacía cuando, en medio de los doctores de Leipzig, en su lucha con Eckins, el elocuente defensor de la autoridad, llamaba á comparecer la gran imagen del papado, y cuando disertaba friamente sobre el género de obediencia y de respeto que se le debía. Entonces negaba únicamente su

origen divino; hoy á sus ojos el Papa no es mas que un enviado de Satanás sobre la tierra. ¿Qué responderle? ¿Citarle los Padres, los Doctores? «¡Esos no son mas que hombres!» grita en cátedra mostrando la Biblia. Ha sido consecuente: arruinando la escuela, ha hecho imposible una discusión formal. Porque es allí donde, con su libro abierto, ha leído que el Papa, llevando á cabo obras satánicas, no es mas que el Vicario de Satanás. ¿Qué le importa el sentido común, la conciencia humana, la voz de los siglos! Leed mi libro, dice: ¿el nombre de Antecristo no está marcado con todas sus letras sobre la frente del que se llama el sucesor de los Apóstoles? En vano le contestareis que nada de eso se ve en ese libro: os sucederá lo que á Staupitz. Lutero os llamará herejes, ineptos, ignorantes, hijos de la ciudad prostituta; porque Roma, asiento del Antecristo, ya no es Roma, sino Babilonia.

Es prodigioso que Wittemberg no haya conservado de la simbólica luterana mas que el artículo donde se enseña que el Papa es el Antecristo.

La Iglesia wittenbergense no cree ya en la empanación, en la esclavitud del libre albedrío, en la gracia del doctor; pero cree firmemente que el soberano Pontífice es el Antecristo profetizado por Daniel. Por un momento pareció dudar en su fe; pero Wigaud, Gallus, Judex, Amsdorf, trabajaron eficazmente en alentarle: Joh. Wigaud en su *Sinopsis Antichristi romani, spiritu oris Christi revelati*, y Mateo Judex en su *Gravissimum et severissimum edictum et mandatum æterni et omnipotentis Dei quomodo quisque sese adversus papatum nimirum Antichristum genere et exhibere debeat*, tratan de probar que el Papa es el hijo de perdicion. Es verdad que Juan de Muller observa ingeniosamente que es más probable que el Antecristo se haya encarnado en el cuerpo de alguno de los ministros que niegan la divinidad de Cristo.

Erasmo tiene razón: «¿Quién hubiera creído nunca que

el reformador, del primer salto, vendria á chocar contra la moral, el dogma y la fe? ¿Quién hubiera creído que el genio sedicioso del monge levantase tantas tempestades?»

Al proclamar la omnipotencia del sentido individual, que compara, en otra parte, á un hombre beodo á caballo y tambaleándose á todos lados, ha hecho toda una revolución. La razon le cogió la palabra, y la anarquía se introdujo en la Iglesia de Alemania. En tal estado, Carlostadio no escucha ya la voz de su discípulo; su orgullo le impulsa, y marcha cuando Lutero le dice que se detenga. Melanchthon vacila, y parece ver abierto ante él un abismo. Ulrico de Hutten cree solo en su espada. El sopló del monge sajón ha venido á remover la Suiza. El cura de Ensielden ha oído la voz de Lutero; pero ya Zuinglio, para derribar el viejo edificio católico, se vale de otros medios que el reformador.

Lutero le arranca una piedra: Zuinglio le derriba otra. El uno dice: «Esta piedra debe ser conservada, porque el Señor es quien la ha colocado con sus propias manos;» y el otro: «Pulvericémosla, porque es la obra de Satanás. Tres años cuenta de vida la Reforma, y ya está decrepita.»

Que no se nos diga que Lutero debe su triunfo á las nuevas luces que introdujo en Alemania; porque al predicar su nuevo Evangelio desterró las ciencias como inútiles y malditas, la filosofía como diabólica, y hasta su discípulo mas predilecto pone en tela de juicio la utilidad de las escuelas. Se ha pretendido que el mundo acogió con entusiasmo los nuevos dogmas, porque el que los predicaba estaba dotado de un talento maravilloso; pero ¿acaso el catolicismo estaba tan mal representado entonces por Emser, por Eck y por Cayetano? Se dice que el pensamiento oprimido dormía encadenado, y que á la voz de Lutero se despertó; pero ¿qué otra cosa hizo Lutero, sino fundar una esclavitud bajo el nombre de *razon individual*, instrumento de verdad á sus ojos, verdad absolu-

ta, que no procedia mas que de sí misma, destello que no tiene mas que un origen humano, el cerebro de donde ha salido? Ved, pues, cómo Lutero pesa sobre el pensamiento, obligado á reconocer al monge por su padre, sin que Lutero le diga: «Tú no eres ya mi hijo; te extravías por caminos de perdicion; te entregas á tus caprichos; vienes de las tinieblas y no de la luz; eres el progenitor de la escuela;» y es de advertir que por escuela entiende la enseñanza de la Iglesia, que se ha perpetuado, de edad en edad, de Cristo á su Vicario, del Vicario á los Obispos, de los Obispos á los sacerdotes, y de estos á la comunión de los fieles. ¡Divina y maravillosa cadena de oro, que ha venido á romper con su sola autoridad! Porque Pontífice, Obispo, Iglesia de Cristo, sacerdocio, todo esto es para él la obra de Satanás. Ya no hay mas que un sacerdote; es él, es Carlostadio; este es el hombre. Hé aquí esta otra gran novedad, que le valió tantos partidarios, sobre todo en las cortes y entre los príncipes. Esta proposicion que acaba de enseñar, de que todos pertenecemos al sacerdocio, y que las Sagradas Escrituras no hacen la menor diferencia entre el seglar y el sacerdote, aun cuando se llame Obispo ó Papa, ¿no era la confusion de los dos poderes; la tiara unida á la corona ducal ó imperial; el incensario en las manos del que ciñe espada; la Iglesia entregada, atada de pies y manos, á los príncipes seculares, Enrique VIII jefe de las conciencias, el papado destruido, y por consecuencia el catolicismo?

Por lo demas, no negamos que la elocuencia de Lutero, que su cabeza, ó mas bien su pecho de Aquiles, como decia Melanchthon, que su aparente pureza de costumbres, no hayan sido para él poderosos auxiliares; pero el pueblo no se hubiera dejado arrastrar tan fácilmente si los príncipes no se hubieran mostrado seducidos los primeros. Porque, ¿qué otra cosa era sino una apostasía, apenas disimulada, la proteccion concedida á Lutero por el príncipe de Sajonia?

El pueblo siguió el ejemplo de sus señores. El nombre de Lutero era venerado en la corte del elector; Federico le llamaba su padre, su amigo, el elegido del Señor, el hombre de Dios; los cortesanos, para agradar á su soberano, propagaban los escritos del agustino, los leían y se burlaban de lo que él se mofaba: de las indulgencias, de Roma, del Papa y los frailes.

Póngase á Lutero en las circunstancias de Juan Huss, y será mas afortunado que el monge bohemio. Juan Huss poseía las cualidades que seducen á la multitud: valor, perseverancia y una convicción exterior; pero hizo mal, no en dejarse quemar, sino en predicar al principio de su misión contra los vicios, la avaricia, la lubricidad y las riquezas de los grandes, y de compadecerse de las lágrimas y las miserias del pueblo. Los grandes le abandonaron en el día del peligro, y persiguieron á sus discípulos á hierro y fuego. El que haya leído la correspondencia de Lutero, verá que, por el contrario, este no tuvo al principio mas que palabras de miel para los nobles sajones; para Roma y sus Cardenales los ultrajes y las bufonadas. La vista de un capelo le irrita; mas al divisar el armiño ducal, se deshace en adulaciones: es un sacerdote cortesano; por esto encuentra decididos protectores en la mayor parte de los príncipes de Alemania; pero bien sabían á qué precio le daban estos auxilios. Pronto los veremos romper con el catolicismo, y no porque crean, como quizá tampoco Lutero, que la idolatría y la concupiscencia han establecido su imperio en Roma, sino por no pagar ya á la cancellería sus rentas anuales. Un día abrirán las puertas de los conventos, y no porque consideren los votos monásticos como prohibidos por el Evangelio, sino porque hallarán en los monasterios vasos de oro y plata y piedras preciosas. Llamarán á la Reforma la obra de la emancipación, y no porque la Reforma haya aleviado al pueblo, sino porque los librará á ellos del *yugo sacerdotal*. Hé aquí otros

gérmenes de revolucion: Erasmo indica el uno: «La Reforma hace progresos. ¿Qué tiene de particular? El pueblo oye con gusto á los predicadores, que le enseñan que la contrición no es necesaria, y que la satisfacción es cosa vana.»

Calcaguini ha encontrado el otro: «Tranquilizaos, os grita Lutero: la sangre de Cristo y la fe en su palabra bastan para obtener la salvacion eterna; así, cuando los hombres se entregan á sus inclinaciones, mirad cómo se abre el cielo, si la fe en la sangre de Jesus no ha abandonado al pecador.»

Melanchthon señala el tercero: «No nos hemos adherido á Lutero sino porque nos ha libertado de los Obispos; no le amamos sino porque nos ha arrancado de su jurisdicción.»

— 107 —

estados de revolución. Ensayos de la fe-  
lidad. Que tiene de carácter. El pueblo  
que con gusto a los predicadores. que lo enseñan que la  
conversión no es necesaria y que la salvación es cosa  
fácil.

La salvación se encuentra en el amor. El amor es la  
gracia. La gracia es el amor de Cristo y la fe es el amor de  
Cristo. La salvación es el amor. El amor es la fe. La fe es el amor.  
La salvación es el amor. El amor es la fe. La fe es el amor.

La salvación se encuentra en el amor. El amor es la  
gracia. La gracia es el amor de Cristo y la fe es el amor de  
Cristo. La salvación es el amor. El amor es la fe. La fe es el amor.

La salvación se encuentra en el amor. El amor es la  
gracia. La gracia es el amor de Cristo y la fe es el amor de  
Cristo. La salvación es el amor. El amor es la fe. La fe es el amor.

La salvación se encuentra en el amor. El amor es la  
gracia. La gracia es el amor de Cristo y la fe es el amor de  
Cristo. La salvación es el amor. El amor es la fe. La fe es el amor.

### CAPITULO X.

#### CARTA DE LUTERO A LEON X.—1520.

Las Universidades, á quienes habia apelado Lutero, condenan sus doctri-  
nas.—Lutero las denigra.—Justifica sus arrebatos.—Sus profecías sobre  
Alemania.—Miltitz hace saber á Roma que ha sido burlado por Lute-  
ro.—Carta de este á Leon X.—Une á la carta su tratado *De la libertad  
cristiana*: exámen de esta obra.—Dogmas de Lutero.

Al llegar á Roma Miltitz, dejó á los pies de Leon X las  
palabras de sumision del monje, y la promesa de una car-  
ta, que terminaria en breve todo debate con la Santa Sede.  
El Papa abrazó á Miltitz, le colmó de caricias, y repi-  
tió delante de los Cardenales que la paz habia sido al cabo  
devuelta al mundo católico. Algun vago presentimiento  
le advertia su próximo fin, y decia: «Que seria muy di-  
choso si antes de morir dejaba en reposo la Iglesia de Je-  
sucristo, y diese cuenta al Eterno Juez de su mision sobre  
la tierra.» Y ademas, como se sabe, Leon X amaba á Lu-  
tero; amaba en él, sobretudo, su ardor por el trabajo y sus  
profundos conocimientos en las Sagradas Escrituras. Pe-  
ro mucho tiempo antes de la llegada de la carta tan impa-  
cientemente esperada de su querido hijo, el Papa supo, de